

Ernesto Sábato

Contra el leviatán de tres cabezas

Luis Rivas Rivas

Ardorosas controversias suscitó, desde su juventud, Ernesto Sábato. Sus ideales de libertad unida a la justicia social no siempre fueron comprendidos por algunos escritores e intelectuales. Algunos, cegados por el fanatismo totalitario; otros, motivados por su cercanía a los poderosos, sentíanse incómodos ante sus valerosas denuncias contra todo tipo de dictadura, violencia o injusticia. Su palabra fustigaba el abuso del poder político o del económico en cualquiera de los dos sistemas políticos que entonces se disputaban la hegemonía en el mundo. Y con la misma honesta objetividad, rechazaba prepotencias y excesos en la política interna de su país.

El primer incidente que desató sobre él diatribas feroces ocurrió hacia 1935. Era entonces militante del partido comunista, y los sucesos que precipitaron su crisis ideológica los ha referido Sabato en términos que aquí resumimos: “En conversaciones con camaradas íntimos sostuve que la dialéctica era aplicable a los hechos del espíritu, pero no a los de la naturaleza, de modo que el ‘materialismo dialéctico’ era toda una contradicción”. Tal opinión no era tolerable para los jefes del partido y decidieron enviarlo por dos años a las Escuelas Leninistas de Moscú. Allí –sabía él– tendría tres opciones. La primera: “curarse” (es decir, aceptar el dogma sin “desviacionismos”). Las otras alternativas eran: ser internado en un hospital psiquiátrico o purgar su “herejía” en un “gulag” (campo de concentración de trabajos forzados en Siberia).

Pero antes de ir a Moscú debía asistir, en Bruselas, a un Congreso contra el Fascismo y la Guerra. Allí tuvo la imprudencia de repetir sus opiniones a Pierre, el camarada que le habían puesto como compañero de dormitorio. Y agrega Sabato: “Ya habían comenzado los procesos del siniestro imperio estalinista y apenas tuve esa conversación con Pierre, comprendí que si iba a Moscú no volvería jamás”. Esto lo obligó a escapar y emprender el retorno. Ya en su país –escondido, porque el partido lo buscaba– volvió a un quehacer que le dio sosiego: su olvidada investigación científica. Se dedicó a elaborar su tesis de doctorado en el Instituto de Físico- Matemática.

Esta última referencia nos evoca muchos otros desencuentros que sufrió el autor de *Hombres y engranajes*. Su vigorosa personalidad, tan ajena al hombre-masa, colisionó reiteradas veces con quienes creían obligatorio adherirse, sin sentido crítico, a alguna

ideología en boga o a expresarse con la retórica que todos repiten. Pero a Sabato nada le era más antitético que la mentalidad de secta, de grupo cerrado, de compadrazgo.

Mas hubo también ocasiones en que sus decisiones inesperadas resultaron incomprensibles para quienes le profesaban afecto. Así ocurrió cuando abandonó la investigación científica por la creación literaria. Si revisamos la biografía de Ernesto Sabato (Rojas, Argentina, 1911- Santos Lugares, 2011), veremos que su inclinación vocacional, desde la Secundaria, había oscilado entre las ciencias y las letras. Lo deslumbraban las matemáticas pero también las historias de Julio Verne y de Salgari. Optó por las ciencias. Se doctoró en física en la Universidad de la Plata e inició una prometedora carrera como investigador científico becado para trabajar en el prestigioso Laboratorio Curie en París.

En esa ciudad empezó el conflicto. Se relacionó con Breton y otros surrealistas y escribió su primera novela, *La fuente muda* (publicada parcialmente años después). La beca le fue trasladada a un Instituto de Boston, donde publicó un trabajo sobre rayos cósmicos. “Pero ya estaba fatalmente desgarrado –refiere Sabato– entre lo que había significado para mí esa vocación, y la incierta pero invencible presencia de un nuevo llamado”. Para cumplir con quienes le habían dado la beca enseñó un curso de Física en la Universidad de la Plata. Pero a principios de la década del cuarenta tomó la decisión de abandonar las ciencias. Sorpresa desconcertante para quienes lo apreciaban y esperaban mucho de su talento. Unos hasta le retiraron el saludo. Otros comentaron: “Sabato deja la ciencia por el charlatanismo”. Guido Beck lamentó perder a un físico capaz que había suscitado esperanzas.

En 1948, tras el rechazo de varias editoras, logró publicar *El Túnel*, que le dio gran notoriedad, sobre todo cuando la intermediación de Albert Camus logró la edición de la obra en francés. En su novela, Sabato ratifica los rasgos que ya había mostrado en su ensayo *Uno y el universo* (1945): introspección, psicologismo, brillantez expositiva. En la novela, como en el ensayo, siguió siendo un escritor fundamentalmente reflexivo. Pero también muestra destreza en la técnica narrativa. En *El túnel* se genera el suspenso desde la frase que inicia la historia (“*Bastará con decir que soy Juan Pablo Castel, el pintor que mató a María Iribarne...*”) y contribuyen también a mantener el interés en el texto el hábil manejo del relato circular y, lo que Vargas Llosa suele llamar, los datos escondidos.

El protagonista es un pintor que se ha enamorado de una mujer muy singular, llena de silencios y misterios. Su interés en la dama se había despertado cuando, en una

exposición de sus cuadros, observó que sólo ella había prestado atención a un detalle aparentemente secundario pero el más importante para el artista: una mujer que, desde una ventana, miraba el mar como quien espera algo en medio de una soledad ansiosa y absoluta. La joven contempló la escena de la ventana detenidamente y luego desapareció. La búsqueda ansiosa de aquella desconocida (inicialmente ignoraba que era casada) y, más tarde, sus silencios, sus ausencias inexplicables, sus gestos desconcertantes, motivan honda reflexión en el protagonista. Para dar respuesta a sus interrogantes, formula conjeturas o hipótesis que algunas veces desecha y otras dan origen a nuevas conjeturas, a renovadas hipótesis, en un espiral analítico e introspectivo que llega a lo obsesivo. Juan Carlos termina dando muerte a María por celos. Y la novela sería el relato del homicida que se empeña en hacer conocer su historia.

Desde que, en 1962, Sabato publicó su novela *Sobre héroes y tumbas*, era ostensible (detalle casi inadvertido por la crítica) que, en ella, el diseño de los personajes principales de *El Túnel* –aunque con variantes de matiz– se repite. Martín, adolescente de diecisiete años, se ha enamorado obsesivamente de una desconocida (de extraña madurez en sus dieciocho años). Se llama Alejandra Vidal y en ella no sólo se acentúan los atributos de la protagonista de *El Túnel*, sino que su personalidad y los hechos tenebrosos que oculta son mucho más desconcertantes. Martín, sometido por ella a sorpresas, desapariciones, gestos, reacciones y silencios aún más insólitos que los de María Iribarne, y en su afán por descifrarlos, se torna, como Juan Pablo Castel, reflexivo y analítico. ¿Por qué Alejandra se perturbó tanto cuando, involuntariamente, escapó de sus labios el nombre de Fernando? ¿Por qué la sobresaltó una referencia casual a los ciegos? ¿Por qué se califica a sí misma como una basura? ¿Por qué esos cambios súbitos de su carácter y de su voz, como si, de pronto, fuera poseída por un espíritu perverso?

El impacto sobre el interés del lector se da también en esta novela desde el inicio. En el primer párrafo se refiere que Alejandra echó llave por dentro a su alcoba, mató de cuatro balazos a su padre y luego echó nafta a la pieza y prendió fuego. Pero en esta nueva historia, como vemos, hay tres vértices. El tercero es Fernando Vidal, padre de Alejandra, en quien el frenesí introspectivo llega a la paranoia. El tema del ciego, que asomaba ya en *El Túnel* (el esposo de María era invidente), adquiere aquí las proporciones de una historia autónoma. Fernando, en su delirio, cree ser perseguido por una “secta de ciegos” y, particularmente, por una mujer con quien tiene relaciones abominables. Registra su delirio en un escrito pleno de sombras y espanto. Y esto

sugiere, a quienes después investigan el suceso, que en aquella alcoba ocurrieron hechos muy tenebrosos.

Alejandra sirve de nexo entre la historia que comparte con Martín y el extraño “Informe sobre ciegos” que escribe su padre. Pero estas dos historias y, más aún, las digresiones históricas que se insertan en el libro están unidas con charnelas muy sutiles. A tal punto que inducen a pensar que, aún dentro del género narrativo, predominó en Sabato el espíritu reflexivo y analítico (cultivado en su etapa científica) que anhela decir su palabra frente a la problemática de nuestro tiempo.

En 1974 publicó su última novela, de corte autobiográfico, *Abbadón el exterminador*, premiada en París en 1976. Pero fue en el ensayo y en sus artículos donde el escritor mostró la hondura de su pensamiento, el rigor de su análisis y su entrañable solidaridad con los desamparados y marginados.

El 30 de abril pasado, cuando estaba próximo a cumplir cien años, murió el gran escritor. Aspiraba siempre a los más elevados principios morales; y, consciente de las flaquezas humanas, solía referirse a sí mismo en términos de suma modestia. En su último libro *Antes del fin* (1998), escribió: “Al mirar hacia atrás, reitero nuevamente aquel ruego de Baudelaire: ‘¡Oh, Señor! ¡Dadme la fuerza y el coraje de contemplar sin asco mi cuerpo y mi corazón’. Aunque terrible es comprenderlo, la vida se hace en borrador, y no nos es dado corregir sus páginas”.

Entre sus juicios polémicos figuran éstos: “El desarrollo facilitado por la técnica y el dominio económico, ha tenido consecuencias funestas para la humanidad”. También afirmó que a partir del Renacimiento, “desde los Tiempo Modernos, fervorosamente alabados, se fue gestando un monstruo de tres cabezas: el racionalismo, el materialismo y el individualismo. Y esa criatura, que con orgullo hemos ayudado a engendrar, ha comenzado a devorarse a sí misma”.

Son también célebres estas frases: “La vida es tan corta y el oficio de vivir tan difícil, que cuando uno empieza a aprenderlo, ya hay que morirse”. “Al parecer, la dignidad de la vida humana no estaba prevista en el plan de globalización”. “Un buen escritor expresa grandes cosas con pequeñas palabras; a la inversa del mal escritor, que dice cosas insignificantes con palabras grandiosas”. “Todo hace pensar que la Tierra va en camino de transformarse en un desierto superpoblado”.